

Tres días en Orán

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Trois jours à Oran*
En cubierta: *Temple Gardens*, Paul Klee, 1920

© Gibbon Art / Alamy Stock

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Édition Stock, 2014

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-72-9

Depósito legal: M-40-2023

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Anne Plantagenet

TRES DÍAS EN ORÁN

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos

La historia solo es amarga para
quien la espera dulce.

CHRIS MARKER, *Sin sol*

No está aquí.

No es su estilo llegar pronto, le gusta entretenerse, quedarse inmóvil ante un escaparate sin el menor interés, sin razón particular ni deseos de comprar, es una persona contemplativa, sobre todo cuando está solo. De forma general, no se pone nervioso ni deja traslucir sus sentimientos. En apariencia siempre está del mismo humor, hay que observarlo bien y conocerlo para detectar en él una señal susceptible de delatar una contrariedad; mi padre. Obviamente no tiene móvil, el teléfono no es para él, en casa solo responde si no queda más remedio y generalmente a gritos para cortar de raíz la menor tentativa de conversación, te paso a tu madre, y a ella, precisamente, vacilo unos minutos en llamarla, para que no se preocupe cuando le pregunte a qué hora salió mi padre, ella, que no tiene costumbre de estar separada de su marido y que es, contrariamente a él, de carácter muy ansioso.

Nuestro avión despegó en menos de dos horas.

Recorro por quinta vez la terminal sur de Orly, llegué al alba tras pasar la noche en vela. ¿Cuánto tiempo llevo sin

dormir? Quedamos en encontrarnos directamente en el aeropuerto. Yo tengo los billetes y los pasaportes con los visados, compruebo mi bolso cada diez minutos de media cuando salgo a fumar. No tendría que haber vuelto a empezar después de tantos años, es una debilidad, pero no siempre puede una ser heroica, yo lo soy cada vez menos, de hecho, cuando duermo sola, dejo encendida la luz del pasillo. No sé si me atreveré a fumar delante de mi padre, que lo dejó oficialmente hace tanto tiempo, aunque mi hermano esté convencido de que sigue haciéndolo a escondidas, yo todavía era pequeña, él fumaba negro, Gitanes, le iban bien, a menudo me mandaba a comprarle una cajetilla. Yo fumo rubio. Llevo un cartón en la maleta.

¿Dónde puede estar? ¿Le ha pasado algo, sabe qué hora es? ¿Lo hace a propósito? Debió de salir pronto, mis padres viven en una ciudad dormitorio a diez kilómetros de Troyes, ciudad de la que yo soñaba con huir desde muy joven y donde ambos desempeñaron toda su carrera de profesores en centros de formación profesional. Mi padre viene en su coche, que ha previsto dejar en el aparcamiento subterráneo, seguro que no ha dormido mucho más que yo a causa del viaje. Del miedo.

Han abierto la facturación.

Ante el mostrador de Air Algérie, se agolpan decenas de personas, se amontonan sin lógica ni orden, muchos ancianos con chilaba, señoras mayores con velo y las manos cubiertas de henna, con incontables maletas curiosamente atadas con cordeles. Hablan todos en árabe y es imposible comprender si a su manera forman una fila o están ahí por-

que el nombre de Orán parpadea en rojo por encima del mostrador, en los dos idiomas, francés y árabe, y eso constituye para ellos, para todos nosotros, un punto de referencia entre las tiendas occidentales del aeropuerto, nuestro común destino final.

Busco con la mirada entre esa multitud compuesta principalmente por hajjis¹ si hay más europeos como nosotros, en ningún momento pensé que pudiéramos ser los únicos del avión, era muy previsible, pero hasta este momento me costaba, todavía, creerlo. Y sin embargo es verdad: hoy nos vamos a Argelia, llevo a mi padre a la tierra donde nació y de la que se marchó hace algo más de cuarenta y cuatro años, tierra en la que ahora ya es extranjero.

Cuando tuve la idea de este viaje, naturalmente propuse a mi madre que viniera, a mi hermano también, habría sido difícil no incluirlos en el proyecto, aunque se tratase de una tentativa utópica, deshonesto incluso, de diluir mi propio deseo, porque en el fondo no había peligro alguno, sabía que ninguno de los dos querría venir. Argelia asusta a mi madre, lo pintoresco de las anécdotas tantas veces repetidas durante las comidas en su familia política no atenúa la otra visión que tiene ella del país de origen de su marido, impresa de violencia y crueldad. Mi madre no tiene el menor deseo de ir a ver cómo es de verdad. Y mi hermano nunca

¹ Originalmente, este término designa a los fieles musulmanes que han realizado la peregrinación a la Meca, pero de forma general también se aplica a personas de cierta edad en señal de respeto, como *señor*. (*Todas las notas son del traductor.*)

ha sentido la necesidad que me atenaza de recuperar mi parte de herencia. Este viaje, debo llevarlo a cabo solo con mi padre.

Mi padre, que aún no ha llegado.

Me pregunto cómo reaccionará cuando se dé cuenta de que somos en principio los únicos occidentales del vuelo.

Mi abuela, sin la menor duda, lo habría odiado.

A Antoinette Montoya no le gustaban los árabes. No lo expresaba tan crudamente, no, más bien guardaba, en cuanto se hablaba de ellos en la radio o la televisión, una especie de silencio altivo, puntuado por leves suspiros, por interjecciones lastimeras, o bien simplemente fingía no haber oído. Con todo, era difícil saber lo que pensaba sinceramente, lo que se debía a la postura adoptada desde el día que tuvo que marcharse para siempre de Argelia, si antes le habían gustado, durante los cincuenta y dos años que vivió junto a ellos, esos árabes a los que parecía salirles cara la Independencia y a quienes los ancianos de mi familia metían injustamente en el mismo saco, harkis, islamistas, militares, civiles asesinados por el GIA². La cuestión desde luego no era del orden del amor, pero el hecho cierto era que, desde que Antoinette Montoya se había replegado en Dijon donde no frecuentaba a nadie, ya no le gustaban.

En Misserghin, el pueblo donde nació, cerca de Orán, había ido al colegio mixto, es decir, no con niños, sino con niñas musulmanas. En la granja donde creció, los obreros eran todos árabes y había también una pareja de indígenas que vivía con ellos de forma permanente y la había criado un poco. Sus padres hablaban árabe fluido, mi abuela por

² Grupo Islámico Armado.

su parte lo entendía bastante bien. En el campo, las comunidades no estaban tan separadas. En Argelia, Antoinette Montoya había vivido entre los árabes y allí, visiblemente, con eso no tenía el menor problema. Pero, desde la Independencia, se había acabado.

En cambio, cuando hablaba de ellos mi abuelo, pie negro³ de adopción pero auténtico repatriado, decía *los moracos* o *los salamalecum*, y un día, siendo yo adolescente, no pude soportarlo más. Por primera vez le planté cara, me enfrenté a los dos en la cocina de su casa, en Dijon. Llevaba una chapa amarilla, «Touche pas à mon pote»,⁴ en mi cazadora vaquera y dije que no quería oír más barbaridades como esa en boca de mis abuelos, de mis abuelos a los que tanto quería y que eran tan buenos, tan amables por lo demás, mi abuelo Paul y sus plantas de judías gigantes, sus calabazas, sus conejos, mi abuela Antoinette con dedos de olivo, que preparaba el cuscús como nadie y los mantecados de canela para fin de año, ya no podía seguir callándome y agachando la cabeza, como hacían sistemáticamente mis padres, en Navidad, en Pascua, en Año Nuevo, consintiendo con mi

³ Del francés *pieds-noirs*, expresión *a priori* sin matiz peyorativo utilizada generalmente para designar a los franceses nacidos en Argelia durante el periodo colonial. Como explica la autora más adelante, también puede aplicarse a toda la población de Argelia de origen europeo en dicho periodo, cuyo denominador común es no ser de origen árabe y haber tenido que abandonar el país tras la independencia en 1962.

⁴ «Deja en paz a mi colega». Es el eslogan oficial de SOS Racisme, asociación francesa antirracista.

silencio todos esos comentarios abyectos que yo nunca suscribiría. Saqué grandes palabras, respeto, tolerancia, derechos humanos, hasta me puse a llorar.

Entonces mi abuela, que no usaba nunca ese vocabulario ofensivo pero que en el fondo no lo condenaba, mi abuela toda eufemismos y que, para desearnos buena suerte, prefería decir «las seis letras o lo que dijo Cambronne»⁵ tocando madera antes que un sonoro *mierda*, esperó a que yo terminase mi crisis y luego, sin alzar la voz, replicó «tú no lo entiendes, tú no eres de allí, no sabes lo que nos hicieron, cállate».

⁵ Se trata de un eufemismo para la palabra *mierda*. Según Victor Hugo en *Los miserables*, es lo que habría respondido el general de Napoleón I, Pierre Cambronne, a los británicos que lo instaban a rendirse en la batalla de Waterloo.